



SEGUNDA PARTE,

EN LA QUE DAN FIN LOS LANCES

DE DOÑA JUANA DE ACEBEDO.

Ya sabreis como salió
de terrado por Romero,
de Sevilla el mayordomo,
y fue á servir al rey nuestro
en las galeras de España,
adonde renegó, el perro,
que es verdugo de cristianos
y el bandido mas soberbio.
Dejem s á este homicida
con su bárbaro intento,
y vam s á doña Juana
que del mayordomo nuevo,
enamorada y rendida
anda que bebe los vientos.
Como es valiente y galan
y de lindo entendimiento,

y como la dió la vida,
dispuso fuese su dueño.
Se fue una noche á su cuarto
amparada del silencio,
y entre sus brazos rendida,
le dice: despierta, dueño,
que tan descuidado duermes
del firme amor que te tengo,
y me tienes tan rendida
que con desvelos no duermo:
tuya soy, tú me ganaste,
que eso negarlo no puedo.
Entonces abrió los ojos,
viendo aquel ángel tan bello,
que le está echando favores
sentada en el blando lecho;

como está en paños menores
parece su rostro un cielo,
sus mejillas son dos rosas,
sus ojos son dos luceros.

—Doña Juana, ve á tu cuarto
y á tu amor le pongas freno,
que yo no igualo contigo
en calidad ni en dinero:
mira que tu padre es conde,
y yo de mi nacimiento
soy pobre, aunque es verdad
de buenos comportamientos,
buena sangre me acompaña
que heredé de mis abuelos.
Y la dama le responde:
convengo con todo eso,
hija soy de Adán y Eva,
tú tambien eres lo mismo,
y por casarme contigo
yo no ofendo al Dios del cielo,
y pues que no ofendo á Dios,
contigo casarme quiero;
que eres hombre, y donde quiera
que tú fueres, irme quiero;
que para nuestro regalo
cuatro mil doblones tengo
en el rincón de aquella arca,
atados en un lenzuelo,
por donde quiera que fueres
no te faltarán dineros.

Viendo la resolución
el buen Alonso Romero
de lograr tan bella flor,
la mejor dama del pueblo;
allá como á media noche
cuando todo está en silencio,
Romero se levantó,
y la dice: claro espejo,
antes que seamos sentidos
busquemos nuestro remedio.
Y para mas brevedad,
ensilla un caballo negro,
y mientras lo está ensillando,
la dama con lindo acuerdo
le trajo dos carabinas,
y de su padre un colete;

y ella se mudó de ropa,
calzon, capa y sombrero:
se sa'en la puerta fuera
con gran cuidado y secreto
y á pocos pasos que han dado
han tenido un mal encuentro,
que les sorprendió la ronda
y el Asistente con ellos,
que es padre de doña Juana,
y les dice: caballeros,
¿quién vá? tened á la justicia,
póngase luego en el suelo;
en breve dió la respuesta,
y fué matando uno de ellos
al soplo de una pistola,
quedó tendido en el suelo,
y un corchete diligente
mas veloz que el pensamiento,
asió del caballo las riendas;
pero lista mas que un trueno,
doña Juana, le volcó
con dos balazos el pecho.
Quedaron los dos tendidos
pidiendo los Sacramentos
y ellos se salen al campo,
que vieron el cielo abierto.
Toda la noche caminan
ya que viene amaneciendo,
se ocultan en un arroyo
entre unos árboles frescos.
Dijo el galán á la dama:
¿sabrás, mi bien, lo que siento
el verte ahora sentada
en aqueste humilde suelo,
no sabiendo tú pisar
sino alfombras de gran precio?
La enamorada responde
por darle mayor consuelo:
no he tenido yo en mi vida
gusto como el que ahora tengo,
no habrá para mí trabajos
mientras tú fueres mi dueño;
lo que quisiera saber
dónde va tu pensamiento:
y él dijo: solo en ti
todo mi cuidado llevo.

No es eso lo que pregunto,
sino á qué pátria ó qué reino,
y si hemos de entrar en Arcos,
eso es lo que saber quiero.
Y él dice: á mi tierra no,
sino á otra parte mas lejos;
ya sabrás que en Gibraltar
un hermano mio tengo;
allá iremos, y en su casa,
será nuestro casamiento.
Pasaron todo aquel dia
en este entretenimiento,
y apenas vino la noche
vuelven á montar ligeros,
y al salir el sol se hallaron
en unos montes espesos,
en las tierras de Jerez,
causa de su sentimiento,
donde hallaron una cueva,
y ambos se metieron dentro;
cuando miraron se hallaron
con veinte y seis bandoleros.
Quiso entonces defenderse,
y no se atrevió á hacerlo,
porque se vió cercado
con muchas armas de fuego.
Aquí sí que era de ver
los llantos y los lamentos
que doña Juana hacia
por ver á su amante preso,
y entre penas y suspiros
invocando al Dios del cielo.
A Romero lo despojan
de sus armas y dinero,
y atado de piés y manos
está tendido en el suelo,
tiernamente suspirando,
su fortuna maldiciendo:
no siente su vida ya,
mas lo que siente su pecho
es ver á su dulce esposa
entre tanto lobo hambriento,
que como ven que es mujer
y tiene en su rostro un cielo,
dentro de la cueva bailan
los ladrones de contento.

Salió el capitan afuera
cubriendo su rostro en lienzo
y á sus amigos les dice:
¡oh qué gran dicha tenemos,
que aquesta pájara hermosa
para mi regalo quiero!
Ea, cojan al galan
y para lograr mi intento,
amárrenlo en aquel árbol,
que he de hacer con él un hecho,
y ha de ser tirar al blanco;
y miren que les advierto
que aquel que no le acertase
con él he de hacer lo mismo.
Ya puestos para tirarle
como tenían dispuesto,
fué la linda doña Juana
entrambos brazos abiertos,
tapando á su esposo y dice:
no permita Dios del cielo
que yo te vea morir
siendo yo la causa de ello;
aquí moriremos ambos
ya que no hay otro remedio.
Volvió la cara al capitan
estas palabras diciendo:
detente, señor, detente,
pon á tu soberbia freno,
ya que nos tienes allá
nuestras prendas y dinero,
las vidas por Dios te pido;
mira que te mira el Cielo,
y que te ha de pedir cuenta
en el Tribunal Supremo.
Se enterneció el capitan,
no por ser él lastimero
sino porque era el mismo
capitan de bandoleros
que estuvo preso en Sevilla,
y lo libertó Romero.
Se quitó la mascarilla
descubriendo cara y pecho,
dice: conóceme, amigo,
no tengas ningun recelo,
que aunque soy hombre cruel
en este monte desierto,

no dejaré de pagarte
una vida que te debo
con darle la tuya ahora
y la dama en premio.
Ved aquí vuestro caudal,
vuestras prendas y dineros,
y tambien de mas á mas
recibe allá esos mil pesos:
si quieres que te acompañe
con todos mis compañeros,
por donde quiera que fueres,
iré en tu acompañamiento.

—Vivas mil años, amigo,
que en el alma lo agradezco.

Aquel dia el capitán
los regaló con conejos;
así que vino la noche
tendiendo su manto negro,
montaron en sus caballos
que dejan atrás el viento;
caminan toda la noche
hasta que fué amaneciendo:
se hallaron en Gibraltar,
ya el alba iba rompiendo,
hallan las puertas cerradas,
y como van de secreto
se apartaron del camino
á darle tributo al sueño.
Había saltado en tierra
de moros un barquichuelo
que se iba á recojer,
y se encontraron con ellos,
entre los cuales venia
el renegado soberbio.

el que sirvió á doña Juana
aquel que hirió Romero,
y así que los conoció
esta plática le ha hecho:
¡oh señora doña Juana
cómo ya se trocó el tiempo!
que si fui criado tuyo,
ahora seré tu dueño,
y á tu pulido galán
que me ultrajó con despecho,
y que tengo en la memoria,
en mi casa daré el premio,
que allí tengo una taboia
para su entretenimiento.
Toda esa arenga llevaba
con los dos cautivos nuevos;
mas Dios al que es su devoto
socorre en tales aprietos.
Cuando miraron se hallaron
en manos de aquel armenio,
del Papachin y su armada
se rindieron al momento.
Viendo aquesto el renegado
como no logró su intento,
se arrojó al mar, donde fue
sepultura de su cuerpo.
Doña Juana muy gozosa,
quedando libre Romero,
entraron en Gibraltar,
abrevian el casamiento.
Súpolo despues su padre,
el cual esta satisfecho,
y hoy viven los dos amantes
muy alegres y contentos.

FIN.

MADRID.— Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11